

La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

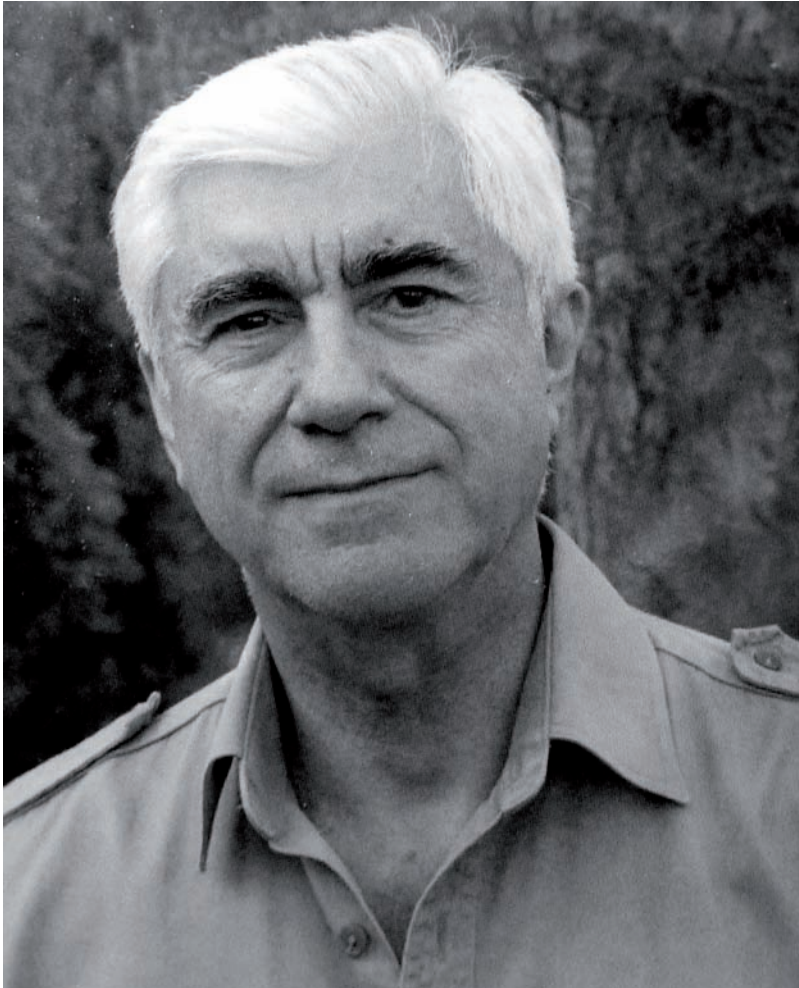
CASTILLO, A. (2012)

"José Cuenca, el Embajador que escribía para vencer la soledad. Y las fuentes de la Mangada"
En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.
Editorial Universidad de Granada. 191-195



44. José Cuenca, el Embajador que escribía para vencer la soledad. Y las fuentes de la Mangada

Por Antonio Castillo (con textos de José Cuenca)



José Cuenca, autor de libros como *La Sierra Caliente* y *La noche de bodas*, dos obras maestras sobre el modo de vida, irremisiblemente desaparecido, de las gentes de Cazorla y Segura (foto Carmen Losada, Casa forestal de las Acebeas, 2003)

LO RECUERDO perfectamente... Era una tarde fría, gris y lluviosa de la Navidad del 2004, de esas que invitan a coger el libro y la mesa camilla. Precisamente buscando libro, llamó mi atención uno de sugerente título: *La Sierra Caliente*, de José Cuenca. La contraportada aclaraba que se trataba de unas memorias de Cazorla y Segura, y me terminó de convencer su declaración de intenciones, «Sin sus hombres y mujeres, la Sierra es solo piedra». No lo leí con el respeto debido a un libro cocinado a fuego lento y con tanto talento; me lo sorbí en un par de noches, junto a la chimenea de mi casa.

¿A quién se le ocurrió un título tan corto, y al mismo tiempo tan directo y preciso sobre lo que acababa de leer? Y también me identifiqué con la que creí era la finalidad del autor: transmitir, con un dominio magistral del lenguaje y los dichos serranos, el amor sobre todo, respeto y admiración por unas gentes, el alma de esas sierras, que no son solo hermosos paisajes, animales y plantas. «Sin sus hombres y mujeres, la Sierra es solo piedra». Una sentencia que muchos compartimos, ahora que se viene a ensalzar una Naturaleza deshumanizada, parecida a la que quedó tras el gran éxodo serrano, con montes y cortijos despoblados, abandonados, y entregados a la ruina y la derrota.

Con ese libro comenzó mi admiración por el escritor José Cuenca. Natural de Iznatoraf (1935), cerca de la sierra de las Villas, ingresó en la Escuela Diplomática en 1964, siendo destinado a Madrid, Nueva York y Londres. Mas tarde, fue embajador en Bulgaria (1983), en la Unión Soviética (1986), puesto que conservó ante la Federación de Rusia (1991), en Grecia (1993) y Canadá (1999). En julio de 2004 fue nombrado embajador en misión especial para asuntos de medio ambiente. Actualmente vive en Madrid.

Pese a ese currículum de Embajador, en principio tan extraño en si mismo y por la lejanía (o precisamente por ella) para escribir de estas sierras perdidas, ha sido uno de los autores que con más amor y talento ha rendido homenaje a los serranos de Cazorla y Segura. Aparte de otras obras, artículos y cuentos, tiene publicada hasta el momento una trilogía de soberbios libros serranos. El primero fue *Sierras, perdices y olivares*

(1996). El segundo *La Sierra Caliente* (2003), con el que lo descubrí. Y el último, *La noche de bodas* (2010), once relatos novelados sobre personajes de estas sierras, posiblemente su obra maestra, que me recordó a *Los Hornilleros* de González-Ripoll.

A esta tarea de escribir se incorporó algo tarde, pero de qué manera, según él empujado por los «recuerdos y nostalgias, que renacen cuando la tierra tira ya de tí; conjuros y artificios para evocar la juventud y espantar la carcoma que te roe las entretelas; historias y relatos, que desde que el mundo es mundo, los viejos han contado para engañar a la muerte». Pero había otros motivos para escribir, muy fáciles de comprender. «Agobiado por las responsabilidades de un oficio tan difícil como el de Jefe de Misión, yo necesitaba orillar las preocupaciones cotidianas... Para que ese mundo y esas gentes estuviesen a mi lado, dándome calor, en la paz y en el silencio de mis neblinosas y heladas lejanías... escribir sobre la sierra... ha sido una manera de vencer la soledad». Buena parte de su inspiración fluyó cálida en las frías y oscuras noches de Moscú y Ottawa.

Pero, ¿qué conocimientos tenía ese embajador tan viajero y ocupado sobre lo que escribía con tanto oficio? En sus escritos había dejado algunas pistas: «Lo que de verdad me importa es recrear ese universo que conocí de cerca, soplando en el rescoldo de mis memorias viejas». Entonces averigüé que esas brasas prendieron con fuerza en sus primeros veinte veranos, los que pasó en la finca de sus abuelos, la Mangada, en la raya de la sierra de Segura con La Mancha. Y después en sus escapadas periódicas a la montaña, y desde hace unos años en su segunda residencia, donde confluyen las sierras de Segura y Alcaraz, muy cerca de aquella finca de sus ancestros y amores, donde la Sierra le cogió el corazón de niño. José Cuenca desgrana los recuerdos de las fuentes de su infancia:

«La Mangada, la finca de mi padre donde pasé los veranos de la infancia y primera juventud, tenía por entonces nueve fuentes, amén de algún rezumadero donde bebían los pájaros del monte y la tórtola viajera. Arriba, en el pinar, rompían los veneros del Maguillo, Blas Muñoz y el Poyo de las Ánimas, con sus albercas respectivas, que

regaban tres hortales. En el centro, la fuente de Telesforo, los Encaños, la Alberquilla y la Canalica, con el Fontarrón de la Loma de los Viejos y el Goterón abajo, en la llanada. Yo me sentía especialmente vinculado a dos de ellas: la Canalica, donde se recogía el agua para el gasto de la casa, y la Alberquilla, nuestro punto de descanso tras las escampavías por los campos socarrados.

»La Canalica, la más fina de todas, suministraba el agua de beber a dos cortijos: la Mangada de arriba y la de abajo. A la caída de la tarde, las muchachas iban con sus cántaros a la cintura y echaban su rato de palique con los zagalones –pastores, gañanes, morilleros- de ambas casas que, después de dar de mano en sus faenas, se acercaban a la fuente a refrescarse y abrevar las mulas y las vacas de labor. De forma que la Canalica se convertía en el punto de reunión del mocerío, en esa hora en la que el sol, en un último arrebol de oros encendidos, se ocultaba tras el corte recto y duro de La Mancha. La fuente dejaba ir su agua clara bajo una encina centenaria, que ofrecía sombra y cobijo a quien a ella se acercaba. Y al arrimo de su umbrosa y discreta protección hubo de todo. Ah, si el chaparro de la Canalica contara todo lo que sabe, decían las viejas entre risas desdentadas, recordando tiempos de sofocos y achuchones, besos robados y sudores compartidos.

»La Alberquilla era apenas un charquete en el que bebían colorines y charlillas, y donde los mirlos bullidores, con su fino pico de oro, recogían el pegote de barro para reforzar el nido, que luego rellenaban de plumas y vedijas para hacerlo mullido y confortable a los polluelos. Rezumaba su agua limpia desde la oquedad de un salegón, entre culantrillos y berreras, bajo una encina en la que se engarbaba una tupida madreSelva, que cubría con su sombra fresca y olorosa la covacha. Allí llegábamos todas las mañanas, después de haber pateado perdidos, entrepanes y rastros detrás de las perdices, con los rostros sofocados y el morral a reventar. A mi padre y a mi tío les habían puesto cerveza a refrescar, y nosotros nos tendíamos boca abajo en el remanso, con cuidado de no tragarnos un sapirujo

o una sanguijuela, para calmar la sed y recibir sobre el rostro fatigado la caricia del agua, tan amiga y compañera.

»La Canalica y la Alberquilla: fuentes entrañables de mis tiempos de muchacho, hoy borradas por la incuria y comidas por el monte. La Alberquilla se secó hace muchos años, y de la Canalica queda apenas un tenue reguero, que se pierde perezoso en el agosto entre matas de poleo. Pero yo las mantengo fluidas y lozanas en ese rincón de la memoria, nuestro y sólo nuestro, donde anidan los recuerdos».

Ponga osté, bien puesto, que mi padre me entregó una poca huerta y un hato de cabrillas, pa ir tirando. Y pude sacar mis hijos adelante, sin necesidad de irme por esos mundos, como otros, a buscarme el pan. Pero la gente nueva no tié apego a nuestras cosas, y emigran a esas capitales tan grandísimas, donde no pueden vivir los cristianos

JOSÉ CUENCA, *La Sierra Caliente*, 2003

